



no divulgarás

por Martín Bonfil Olivera

Divulgadores utilitaristas

*Oscurer la luz, convertir el pan en carbón,
la palabra en tornillo.*

Pablo Neruda

De vez en cuando, y sobre todo cuando el dinero escasea, resurge cíclica la discusión sobre la «utilidad» de la ciencia. Se comparan las correspondientes virtudes de sus dos caras opuestas, la básica y la aplicada (se trata más bien de caretas: ciencia sólo hay una, lo otro son aplicaciones), y se argumenta que, en tiempos de escasez, hay que sacrificar la primera en aras de la segunda, pues ésta sí ayuda a resolver problemas urgentes. Se olvida que la ciencia, como dice Ruy Pérez Tamayo, sólo resuelve problemas *científicos*.

Los divulgadores científicos a veces caemos en este tipo de concepciones utilitaristas, y no falta quien afirme que sólo vale la pena divulgar la ciencia «aplicada» (o aplicable). Es más: se piensa que es sólo por sus aplicaciones que la ciencia tiene algún valor.

Esto equivale –suposición absurda de entrada– a pensar que un poema, un cuadro o una sonata sólo son válidos si transmiten un «mensaje útil». Que sólo las novelas que contienen alguna «enseñanza» deben ser leídas (como si una novela pudiera *no* tener enseñanza... sólo que se trata, claro, de una concepción distinta de enseñanza: la que enriquece nuestra visión del mundo, la forma en que vivimos la vida; no la que «enseña» conceptos, valores o reglas).

En realidad, la ciencia es, de todas las formas de abordar el mundo, la que nos ofrece la mayor riqueza. La que nos muestra no sólo *cómo* son las cosas, sino *por qué* son. Es una visión que cambia y evoluciona, haciéndose más rica y diversa. Frente al asombro, al sentido de maravilla que la ciencia nos ofrece al dejarnos ver la luz, al permitirnos entender, al mostrarnos un atisbo del mecanismo detrás de las cosas, frente a esto el hecho de que el conocimiento que produce pueda (o no) aplicarse para producir tecnología se vuelve casi irrelevante. Estoy convencido de que el verdadero valor de la ciencia, el que debe apoyarse, y naturalmente el que debe divulgarse, es este valor estético, paralelo al de las artes aunque distinto porque pasa antes por el entendimiento racional.

Así como no se escribe una novela *para* algo, más allá de para escribirla y para permitir que sea leída, la verdad es que no se hace ciencia *para* producir aplicaciones, sino por el placer mismo de descubrir más acerca del universo. Y no se divulga para enseñar, sino para compartir el placer, el asombro gozoso de entender. Lo cual no quiere decir, desde luego, que hacer – y divulgar – ciencia no tenga también infinitas aplicaciones prácticas. Pero eso, ¿qué importancia puede tener para quien ha visto el reino? 🐞

